

¿Pasado y futuro de la distopia o el enigma de la sonrisa de Mona Lisa?

-

Roberto P. Guimarães, Ph.D

Actuó como Coordinador Técnico del Informe de Brasil a la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo en 1992, desempeña las funciones de Presidente del Comité Director de IfE - Initiative for Equality (UN ECOSOC Special Consultative Status).

Resumen

En el escenario post-pandemia se plantean dos futuros posibles. El retorno a una distopia de sociedades confinadas en aislamiento o el renacimiento de una sociedad verdaderamente ambiental, social y éticamente sustentable. El viaje de regreso a la distopia de una sociedad fragmentada y sin humanidad puede parecer más probable, especialmente a la luz de la experiencia histórica pasada.

En un contexto Post-COVID más optimista, se iniciaría un nuevo modelo de organización social y de acumulación, que, sobre una base solidaria y afectiva, permitiría superar varias fuerzas motoras de la globalización actual. Un futuro más prometedor invita a descubrir el enigma de “Mona Lisa”, una forma racional y objetiva de experimentar en la propia piel lo que el otro está vivenciando. En un escenario con un mayor grado de solidaridad, no cabe duda, además, de que no

Abstract

At post-pandemic scenario we could find two possible futures, either a return to a dystopian society confined in isolation or the rebirth of a truly environmentally, socially and ethically sustainable society. A journey back to the dystopia of a fragmented and dehumanized society may seem more likely, especially in the light in the light of past historical experience.

In a more optimistic post-COVID context, a new model of social organization and accumulation would begin based on solidary and affection, would allow overcoming various driving forces of current globalization. A more promising future invites to discover the enigma of “Mona Lisa”, a rational and objective way of experiencing in one’s own skin what the other is experiencing. In a scenario with a higher degree of solidarity, furthermore, instruments of local government will not only be undoubtedly reinforced, more

sólo se fortalecerán los instrumentos de gobierno local, más democráticos y más participativos, sino también un proceso más fortalecido de participación ciudadana y movimientos sociales en la definición de prioridades de desarrollo.

democratic and participative, but it also will imply a more strengthened process of citizen and social organizations engagement in the definition of development priorities.

“No podemos predecir el futuro, pero podemos inventarlo “

-Charles Birch

El pensamiento de Max Weber parece reforzar la frase atribuida al ecólogo y genetista Australiano Charles Birch. De hecho, *“la historia nos enseña que el hombre no hubiera logrado lo posible si, muchas veces, no hubiera intentado lo imposible”*. El momento histórico de pandemia parece propicio para proyectar lo que hasta hace poco parecía un delirio, el sueño imposible de una civilización fundada en la ética y la solidaridad ecosistémica entre los componentes bióticos y abióticos de la Naturaleza.

La eclosión de la pandemia provocada por el “nuevo” Coronavirus (en verdad, una nueva y más agresiva mutación del Corona) señala, una vez más, el protagonismo de al menos dos escenarios extremos posibles para la supervivencia de la vida en el planeta. Por un lado, el retorno a una distopia de sociedades confinadas en aislamiento doméstico, sin vínculos de sociabilidad y con predominio de trabajos manuales, subordinados y absolutamente precarizados en términos de redes de seguridad social como las que caracterizaron la evolución de la humanidad en el siglo pasado. Por otro lado, podremos ser testigos del renacimiento de una sociedad verdaderamente ambiental, social y éticamente sustentable como el que defiende la agenda internacional desde la publicación de Nuestro Futuro Común en 1986.

Entre los dos escenarios, predomina el consagrado Principio de Precaución, que aboga que esperar para actuar sólo cuando haya certeza científica respecto de uno u otro escenario será demasiado tarde. Demasiado tarde para introducir correcciones de rumbo, no habrá ni siquiera tiempo para realizar ajuste de sintonía fina en la trayectoria de la humanidad.

Para complejizar un poco más esos escenarios futuros, corresponde recordar un pasado y un futuro igualmente temerarios para la especie humana. Gracias a un meteorito que golpeó fuertemente la península de Yucatán en el Sureste de México, aparentemente hace 65 millones de años, una parte considerable de los mamíferos pudo disfrutar de su libertación frente a los dominantes dinosaurios. Un evento único, singular, pero que garantizó el ascenso inexorable de la especie humana a la cúspide de dominación de la Naturaleza.

Como es sabido que no hay almuerzo gratis en el universo; dos certezas científicas prueban que el universo tiene un principio, un medio y un fin. La amenaza más cercana para la supervivencia del planeta proviene de la emisión de rayos Gamma, emitidos después de la muerte de una estrella y de la voracidad de los agujeros negros. Se estima que una emisión significativa de estos rayos enviaría energía concentrada equivalente a un millón de billones de energía del sol, superior a la energía total en sus 40 mil millones de

años de vida, y transformaría la Tierra, en una esfera incandescente de lava. La amenaza más cercana está a 1 billón de años luz y se extiende hasta los 45 billones de años luz, revelando el otro lado de la moneda del Big Bang, conocido como Big Rip, cuando el universo alcanzará el límite de su expansión e irá pulverizando todo el cosmos en un apagón instantáneo, sumergiendo al universo en una oscuridad total en un abrir y cerrar de ojos.

El viaje de regreso a la distopia de una sociedad fragmentada y sin humanidad puede parecer aún más probable, especialmente a la luz de la experiencia histórica reciente.

De hecho, desde el 18 de Marzo, cuando estalló la pandemia, mientras 42,6 millones de trabajadores solicitaron auxilio por desempleo en los Estados Unidos, la riqueza del 1 por ciento de multimillonarios norte-americanos se incrementó en más de US\$ 565 mil millones. Como resultado de esa dinámica perversa a nivel mundial, apenas 26 multimillonarios acumulan más riqueza que la mitad más pobre de la humanidad.

Ciertamente detrás de esta realidad subyace la iniciativa de un grupo de 80 millonarios de los Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Nueva Zelanda, Canadá y Países Bajos al firmar una carta instando a los gobiernos a que les cobren más impuestos para pagar la crisis del coronavirus. *“Pedimos a nuestros gobiernos que aumenten los impuestos a personas como nosotros. Inmediatamente. Sustancialmente. Permanentemente”*.

No sorprende que la Directora del Fondo Monetario Internacional, principal bastión del neoliberalismo y responsable por recomendar políticas que favorecen la primacía del mercado en desmedro de la acción del estado, también se inclinó ante la realidad post-Covid y reconoció que *“el ingreso mínimo es un buen instrumento para la igualdad”*. España ya avanzó en esa dirección al aprobar un “ingreso mínimo vital” de más de mil Euros mensuales para cerca de un millón de familias. Como un complemento fundamental de esa lógica extra-mercado, Chile también avanza en establecer diferentes formas e instrumentos de tributación de grandes fortunas, herencias y dividendos.

Según el IBGE (Instituto Brasileño de Geografía y Estadística), el primer trimestre de 2020 culminó con casi 13 millones de desempleados, duplicando la tasa de desempleo de 2014, mientras que la eufemísticamente llamada “informalidad” (la parte precaria del trabajo sin protección social) alcanzó alrededor de 40 millones de trabajadores, prácticamente 40 por ciento de la fuerza laboral, lo que hace que menos de la mitad de la población económicamente activa tenga acceso a empleos. Una instantánea de la situación de degradación social en Brasil es la que ofrece asistencia emergente de 600 Reales mensuales otorgados por el Gobierno, lo que sacó temporariamente de la pobreza al 72 por ciento de la población.

Jean-Paul Sartre una vez afirmó que el hombre estaría *“condenado”* a ser libre. Al presenciar el comienzo de la era nuclear, Einstein también advirtió que *“todo ha cambiado”* y *“la humanidad se ve obligada a adoptar una forma*

de pensar sustancialmente diferente para sobrevivir". Una de las distinciones radica precisamente en la necesidad de acciones coordinadas y solidarias para superar los desafíos más apremiantes para el mantenimiento de la vida en el planeta, como sugirió el Representante de la Comisión Europea, Michel Rocard, Rocard reconoció que la Conferencia de Río representaba un hito en las relaciones internacionales, un divisor de aguas a partir del cual estaríamos, todos, *"condenados a actuar juntos"*, incluso para discrepar.

El documento oficial presentado por Brasil en la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (Rio-92) ya señalaba que *"en situaciones de extrema pobreza, el individuo marginado de la sociedad y de la economía nacional no posee cualquier compromiso en evitar la degradación ambiental, puesto que la sociedad no impide su propia degradación como persona"*. Haciendo eco al consenso mundial sobre ese aspecto, la propia resolución 44/228 de las Naciones Unidas que convocó a Rio-92 afirmó con una claridad inusual que *"la pobreza y la degradación ambiental se encuentran íntimamente relacionadas"*.

Kenneth Boulding, por su parte, llamó la atención sobre el hecho de que *"solamente los locos o los economistas creen que es posible el crecimiento infinito e ilimitado"*. El COVID-19 convirtió esa advertencia en realidad al imponerle un alto a la expansión económica. Además, la solidaridad en la provisión de servicios sociales demuestra ser opuesta a la lógica del mercado privatista, como lo comprueban las 265 ciudades del mundo que han revertido la privatización del suministro de agua potable y de saneamiento; o el más del 87 por ciento de Manauaras que carecen de acceso a cloacas, dos décadas después de privatizar con la promesa de la universalización en Manaus, en el corazón de la Amazonia.

Ya en un escenario Post-COVID más optimista, se iniciaría un nuevo modelo de organización social y de acumulación, que, sobre una base solidaria y afectiva, permitiría superar varias fuerzas motoras de la globalización actual. Desde la distópica mercantilización de la naturaleza y los seres humanos que llevó a una especie de "uberización" general del planeta y la transformación de los ciudadanos en meros robots de consumo on-line sin ninguna relación con sus necesidades, individuales y colectivas, a la supervivencia material, espiritual, con la consecuente materialización de una ética verdaderamente planetaria e intergeneracional.

La urgencia de una nueva "economía del conocimiento" permite, sin embargo, intentar poner en práctica una verdad obvia de las últimas décadas, el hecho que el futuro de nuestras economías y de nuestras sociedades pasa necesariamente por las capacidades de transformación basadas en la búsqueda del conocimiento por encima de los mercados y servicios. Sin embargo, la nueva economía del conocimiento requiere el fortalecimiento tanto de los bienes públicos como de los bienes comunes. Bienes comunes que incluyen procesos y recursos como biodiversidad, energía, seguridad e in-

cluso la libertad. Si bien los bienes públicos garantizan el acceso de todos a estos bienes, lo que los define es el hecho de que el consumo de uno de estos bienes por un individuo no disminuye su disponibilidad para el uso por los demás miembros de la comunidad. El “consumo”, por ejemplo de la seguridad pública, no disminuye la disponibilidad de la seguridad para todos, mientras que el consumo individual de un territorio y su vegetación, disminuye el stock para el consumo por parte de terceros.

Un norte como el que se propone otorga protagonismo entre otros, a la Bioeconomía, una las formas de superar la actual disyuntiva mediante dos alternativas, ya sea imitando los ecosistemas, productos y servicios de la naturaleza en procesos tecnológicos y productivos, o incorporando los servicios ambientales en los cálculos y decisiones de asignación de recursos productivos. A modo de ejemplo, las plantas del Amazonas tienen secretos bioquímicos como nuevas moléculas, enzimas, antibióticos y fungicidas naturales que pueden sintetizarse en laboratorios y derivar en productos de valor agregado.

A mediano y largo plazo, esto podría representar un nuevo modelo en el proceso de desarrollo. Así como el llamado modelo de Sustitución de Importaciones de mediados del siglo pasado permitió el salto tecnológico de Brasil al reemplazar la importación de materias primas y de avances tecnológicos a través de cadenas de producción locales, también un proceso de Sustitución de Exportaciones permitiría agregar valor local a las actividades que hoy se destinan al mercado externo. La Sustitución de Exportaciones de productos forestales, especialmente la madera (con o sin valor agregado) favorece el mantenimiento de la cobertura forestal para la exportación de sus servicios medioambientales, en particular la absorción de dióxido de carbono. En relación a los bosques, también se promueve la “Sustitución de Exportaciones” de segunda generación, reinvertiendo las ganancias de la absorción de dióxido de carbono y la producción de oxígeno en el desarrollo científico y tecnológico para la investigación y exploración de la biodiversidad contenida en los “bosques en pie”.

Aunque no es el caso a profundizar en este momento, la Sustitución de Exportaciones todavía emerge como un modelo privilegiado de cambio de las bases sociales del estilo de desarrollo dominante, permitiendo un patrón de consumo de nuestros productos en el cual las poblaciones ya no estén ancladas (como antes) en el consumo imitativo de la élite, que consagra un esquema de producción que concentra la riqueza y genera “paquetes cerrados” basados en la importación del progreso técnico.

Éste nuevo modelo conlleva también a la importancia de rescatar un concepto clásico de ecología, el de la resiliencia. Uno de los célebres autores del ya Clásico libro *Límites del Crecimiento*, Dennis Meadows, ofrece una descripción detallada del proceso de disminución inexorable de la resiliencia en general, ecosistémica y económica. Cabe señalar que la resiliencia aplicada

a la producción significa la capacidad de experimentar una interrupción en el suministro de un insumo sin sufrir una disminución grave y permanente en el producto deseado.

Meadows recuerda, en primer lugar, que el surgimiento de las epidemias como MERS, Ébola, Zika, SARS y H1N1, además de los grandes brotes de sarampión y cólera, elevó los niveles de estrés de los ecosistemas con una disminución consecuente de su capacidad de auto regulación, aumentando progresivamente la exposición de “trastornos” como sucesivas pandemias.

Por otro lado, el crecimiento del consumo obligó al uso de los recursos de manera más eficiente (kilómetros por litro de combustible, búshes de trigo por litro de agua, etc.). Sin embargo, si el aumento de la eficiencia de un sistema permite utilizar menos insumos por unidad de producción, lo que por sí mismo es más positivo, en el límite, conduce necesariamente a la reducción de la resiliencia.

En resumen, hubo un abandono generalizado de sistemas resilientes en favor de sistemas eficientes – mayor escala, menos diversidad, menos redundancia, con consecuencias que ponen en riesgo la integridad y la supervivencia de sistemas naturales y humanos por igual.

A la imagen y similitud del New Deal que, en los años 1933-37, permitió a los Estados Unidos superar la crisis de 1929, la iniciativa Green Deal tiene las características capaces de facilitar la transición a un mundo post-Covid. En el caso norteamericano, el programa del presidente Franklin Roosevelt promovió fuertes inversiones estatales en obras públicas, principalmente en la construcción de infraestructura física (puentes, carreteras, aeropuertos, centrales eléctricas, hidroeléctricas, represas, puertos), además de inversiones para la expansión de infraestructura social como la construcción de hospitales, escuelas y otros bienes públicos. También se promovió una fuerte reforma del sistema bancario para evitar el fraude y la especulación financiera, como asimismo para permitir un mayor control y de la fiscalización. Se fortalecieron los instrumentos de intervención estatal, como subsidios, préstamos y otros, para aumentar la actividad agrícola de las grandes propiedades y la agricultura familiar. Además de incrementar la producción agrícola, estas medidas tenían como objetivo el aumento en la generación de empleos en el campo, complementando la generación de fuentes de empleo e ingresos a través de obras de infraestructura. Finalmente, como una forma privilegiada de reducir los impactos sociales de la crisis, se crearon sistemas de seguridad social, seguro de desempleo y seguro para personas mayores de 65 años. Dichas medidas completaron la legitimación de los sindicatos como instancias organizadas de negociación entre la fuerza laboral y las empresas, la prohibición del trabajo infantil y la reducción de las horas de trabajo a las actuales 40 horas por semana.

En el extremo opuesto, se vislumbra un futuro más prometedor, **el escenario que invita a resolver el enigma de Mona Lisa**. Durante años permaneció

envuelta en misterio la sonrisa de la Gioconda retratada por Leonardo da Vinci, dando lugar a las más variadas teorías. Probablemente la verdad más cercana es la capacidad del genio florentino de percibir movimientos sutiles antes que éstos se manifiesten. Fueron necesarios más de cuatro siglos para que las cámaras de alta velocidad pudieran ser capaces de comprobar lo que ya había descrito Da Vinci, al revelar como las libélulas vuelan con sus cuatro alas, las delanteras erguidas y las traseras hacia abajo.

Esta observación llevó a la metáfora sugerida que, por detrás de la sonrisa, se encuentra la empatía. Mucho más que la interpretación popular de “ponerse en el lugar del otro”, representa un movimiento más profundo, la capacidad de sentir por el otro sus propias emociones y sentimientos. En otras palabras, una forma racional y objetiva de experimentar en la propia piel lo que el otro está vivenciando.

Aunque va más allá de los límites de este ensayo, es apropiado esbozar los contornos más significativos del escenario Mona Lisa. Es imposible no imaginar que este futuro post-Covid no esté enmarcado por iniciativas para superar la profunda crisis de insustentabilidad que representa la amenaza más cercana a la extinción de la civilización actual, si no la extinción de la especie misma, la profunda crisis del clima.

Proporciona el telón de fondo, el contexto más general de este escenario, el *Acuerdo Verde* propuesto por sectores progresistas norteamericanos cuyo norte es reducir a la mitad el actual gasto militar anual de 650 mil millones de dólares, un récord absoluto en tiempos de paz, y redireccionar esos recursos a la creación de al menos 20 millones de empleos en las industrias verdes. Creadas con la eliminación de subsidios para la producción de combustibles fósiles y la consecuente inversión masiva en fuentes de energía renovables como eólica, solar, geotérmica y otras. El objetivo final es garantizar una energía 100 por ciento limpia para finales de la década de 2030. Gran parte de este objetivo también se lograría gracias a las inversiones en forma de préstamos de bajo interés para el crecimiento de las empresas y cooperativas verdes, con énfasis en las pequeñas empresas locales que mantienen la riqueza creada circulando en la comunidad y aumentan la resiliencia de los sistemas locales de producción y consumo.

Los cambios más relevantes en este escenario suponen la imposición de impuestos por emisiones de carbono y el uso de combustibles fósiles, además de estándares más estrictos de eficiencia energética. Además de los componentes básicos del Acuerdo Verde, hay un énfasis particular en la reducción del uso de plásticos y su eliminación, así como incentivos para la adopción de alternativas de energía más limpia por parte de los consumidores individuales.

En términos de políticas sociales, se destaca el rescate del acceso universal a la educación y a los sistemas públicos de salud. Se espera que en este futuro más sostenible, el ingreso básico universal se convierta en una realidad

mundial al igual que una reforma fiscal progresiva. El apoyo a los sistemas de producción locales para satisfacer las necesidades alimenticias básicas se justifica por sus vínculos sistémicos de cambio en los estándares de consumo individuales y colectivos, de circulación local, en la generación de ingresos, empleo y en definitiva, en el aumento de resiliencia de los sistemas productivos con la reducción de las cadenas de producción. Adquiere importancia la reducción de la jornada laboral a cuatro días a la semana, actualmente en discusión en los países Escandinavos.

En un escenario con un mayor grado de solidaridad, no cabe duda, además, de que no sólo se fortalecerán los instrumentos de gobernanza local, más democráticos y más participativos, sino también un proceso más fortalecido de participación ciudadana y movimientos sociales en la definición de prioridades de desarrollo.

Ciertamente sería una exageración sugerir que Samuel Beckett se inspiró en la sustentabilidad la noche del 5 de enero de 1953, cuando se estrenó en París *Esperando a Godot*, un clásico de la dramaturgia mundial que revela el “sufrimiento del ser”, la tragicomedia de Estragón y Vladimir esperando encontrar a alguien para aliviar el aburrimiento en sus vidas. Sin embargo, la desesperanza que caracteriza al planeta en la actualidad, reforzada por el autismo de los líderes gubernamentales presentes en las sucesivas Cumbres ambientales y sociales de las Naciones Unidas, puede efectivamente transformar a todos en actores desamparados, luchando para superar el aburrimiento y la inacción discutiendo una sustentabilidad meramente retórica. Tal como en la obra de Beckett, cuanto más solemnemente proclamamos el Desarrollo Sustentable, nuestras acciones tornan menos factibles las posibilidades de su materialización a corto y mediano plazo.

A menudo se sugiere, para explicar el fracaso de la retórica, una supuesta “falta de voluntad política” para enfrentar los desafíos socioambientales y construir un escenario caracterizado por un estilo de desarrollo que promueva la sustentabilidad más allá de la retórica. Sin embargo, la evidencia histórica revela que sobra voluntad política de los intereses dominantes para permitir que un futuro distinto al actual sea posible. Como no podía ser de otra manera, el discurso de la sustentabilidad no es inmune al proceso de domesticación retórica que sustrajo del discurso el carácter social de transformación de la realidad. En este sentido, el escenario de Mona Lisa sonriente representa, al mismo tiempo, el antídoto contra la ausencia de voluntad política y la protección de un escenario en el que serán forjadas las alianzas necesarias entre actores sociales para la materialización de ese futuro deseado.

Dicho de otra forma, lo que proyecta un escenario Mona Lisa es un franco proceso de reversión de las tendencias actuales en pos de disminuir las brechas de desigualdad y de exclusión que requieren de un nuevo marco de políticas públicas. Un marco que coloque al ser humano en el centro del

proceso de desarrollo y que considere el crecimiento económico no como un fin, sino como un medio para alcanzar mayores niveles de bienestar socio ambiental que resguarden la calidad de vida de las generaciones actuales y futuras. Que garantice la integridad de los sistemas naturales que permiten la existencia de vida en el planeta. Afirmar que los seres humanos deben constituir el centro y la razón de ser del desarrollo implica rescatar un estilo de desarrollo que sea *ambientalmente* sustentable en el acceso del uso de los recursos naturales y en la preservación de la biodiversidad; que sea *culturalmente* sustentable en la conservación de sistemas de valores, prácticas y símbolos de identidad que determinan la integración nacional a través del tiempo; y que sea *políticamente* sustentable para profundizar la democracia al garantizar el acceso y la participación de todos los sectores y estratos de la sociedad en la toma de decisiones.

Este nuevo modelo está necesariamente orientado a una nueva *ética* de desarrollo, en que los objetivos económicos están subordinados a las leyes que rigen al funcionamiento de los sistemas naturales. Que obedezcan también a los criterios de respeto de la dignidad humana y de mejora de la calidad de vida de las personas. Siendo así, los escenarios más optimistas con las posibles soluciones a la crisis actual de la civilización tendrán que encontrarse en el propio sistema social y no en alguna mágica tecnológica o de mercado.

Al igual que la ética, académicos como el primatólogo Holandés Frans de Waal sugieren que la moral es de hecho mucho más antigua que la religión. A partir de sus investigaciones sobre los primates, De Waal enfatiza que, si bien la biología puede ser invocada para justificar el comportamiento egoísta, fue una evolución de las especies que produjo un amalgama que une los miembros de la sociedad, tanto entre los humanos como las especies del reino animal. Por extensión, el comportamiento ético y la empatía terminan prevaleciendo sobre el egoísmo y responden a una historia evolutiva de millones de años.

Análisis como los de De Waal ofrecen un norte para superar el reduccionismo economicista que terminó domesticando los escenarios fallidos del desarrollo sustentable. Después de todo, si es correcto decir que la “selección natural” ajustó a todos los organismos vivos para explotar mejor los recursos naturales y los servicios ambientales que aseguraron la supervivencia de la especie, no es menos correcto reconocer que el desarrollo tecnológico y la dominación del medio ambiente nos han puesto en la contramano de la supervivencia.

En resumen, el escenario post-Covid más prometedor es aquel que otorga prioridad a la llamada “economía del cuidado”, que ofrece la amalgama ética indispensable para el respeto de la dignidad humana y de los miembros menos favorecidos o francamente marginados o excluidos de la sociedad. Representa, en definitiva, el imperio de la justicia socioambiental, tanto sincrónicamente como entre generaciones. No hay duda de que la lucha por

la materialización de la sonrisa de Mona Lisa justifica todo el esfuerzo por apuntar a este imposible y rescatar el carácter intrínsecamente humano de la sociedad. Un mundo del que vale la pena formar parte.

Al proyectar a largo plazo las relaciones de poder entre los seres humanos, la temeridad del gatopardismo presente en los escenarios posmodernos enmascarados por la retórica de la sustentabilidad se vuelve aún más preocupante. Así como las relaciones de poder brillantemente diseccionadas por Clive Lewis resaltan sus características sincrónicas, también hay relaciones de poder diacrónicas entre generaciones. De este modo, cada generación ejerce poder sobre la siguiente en su patrón de uso de la Naturaleza, mientras que esta última, al tener que restaurar el patrimonio degradado que se heredó, trata de resistir y limitar el poder de su predecesora.

Tal proceso, repetido sin control e infinitamente, resultará inexorablemente no en más poder sobre la Naturaleza, sino en su opuesto, mayor precariedad humana en relación con los ecosistemas naturales de los que depende para sobrevivir. Cuanto más tarde sea una generación y, por definición (acercándose al infinito), más cerca estará de la extinción de las especies, menor será su poder sobre la Naturaleza. En realidad, menos poder ejercerá sobre otros seres humanos. Como Lewis concluye magistralmente, *“la naturaleza humana será la última parte de la naturaleza en rendirse a los hombres... y los sometidos a su poder ya no serán hombres; serán artefactos. La conquista definitiva del hombre será, de hecho, la abolición del hombre...”*

Un mínimo de sobriedad requiere reconocer que el tiempo se está agotando para que la humanidad pueda revertir el auténtico suicidio ecológico de la trayectoria actual hacia el colapso. Del fracaso inmoral de las cumbres ambientales del mundo desde 1992, es difícil para las generaciones futuras saber si tendrán la oportunidad de existir mínimamente con dignidad, si serán capaces de perdonar a los actuales líderes que, con su ceguera, actúan como la orquesta del Titanic en los últimos momentos antes del hundimiento.

Parece igualmente fuera de lugar que la sociedad insista en el comportamiento de Vladimir y Estragón, esperando a Godot de la sustentabilidad mientras continúa el debate retórico, político y hegemónicamente interesado sobre la ciencia, el gobierno o los actores necesarios para superar la crisis actual de civilización. Por más que estemos dispuestos a aceptar lo mucho que queda por hacer en términos de conocimiento, instituciones y mecanismos para tornar realidad un escenario de sustentabilidad, lo cierto es que todos estamos cansados de saber cuáles son los desafíos más urgentes, los responsables y las políticas necesarias para superar la insostenibilidad, ahora socialmente “elegida”, por omisión y acción consciente, como una alternativa gatopardista para superar la crisis.

Afortunadamente, la poesía de Antonio Machado enseña que *“caminante no hay camino, se hace camino al andar”*. Por suerte, no es posible caminar en las redes sociales o en la realidad virtual. Se impone pues la necesidad de con-

tacto “mirando a los ojos”, recorriendo juntos los caminos. A pesar de todo lo que parece mitigar en dirección opuesta en estos días, todavía es posible transformar el debate en relación al futuro en la construcción de una realidad de sustentabilidad económica, ambiental, cultural, política y sobre todo, ética.

Siguiendo metafóricamente los caminos de Antonio Machado, David Frost nos dejó el legado que indicaba “dos caminos que se dividen en un bosque, y seguir el menos transitado “hizo toda la diferencia”. De ser así, no hay duda de que la Mona Lisa nos estará esperando con una sonrisa.